

# RETIRO DE FRATERNIDAD

*Con el corazón y la mente vueltos al Señor*

---



## ORAR LA VIDA

Hay que vivir unificadamente la propia vida espiritual, sin hacerla depender de los «lugares» o «tiempos» de oración, aprendiendo a ser creyente, orando la vida misma.

### 1. Dios es más grande que nuestros esquemas

Por las razones que fueran y durante décadas enteras (si no, siglos enteros) hemos mantenido y vivido una tradición espiritual que ahora resulta insuficiente. Consistía dicha espiritualidad en algunos estilos de reduccionismos, que no hacen justicia a la verdad cristiana y que, por ello, hay que superar.

#### a) Reducir la vida cristiana a oración

Apelándonos a textos evangélicos sesgadamente leídos («*Marta, Marta, te afanas de muchas cosas. María ha elegido la mejor parte...*») hay quien en el pasado ha querido leer lo cristiano como la superioridad de la contemplación y de la oración. Hoy podemos afirmar que **ser cristiano no consiste ni en la oración, ni en la acción, ni en la pasión. Consiste en hacer la voluntad de Dios, discernido cada vez para cada creyente.** Hay que evitar, pues, el reducir lo cristiano a la oración.

#### b) Reducir la oración a tiempos, lugares y fórmulas

Es quizás otra reducción que hemos vivido. Separar la vida y entenderla como «**tiempos para la oración**» y «**tiempos para la acción**»; lugares de oración y lugares de trabajo... El Nuevo Testamento y decididamente Jesús ha secularizado la fe de modo que rompe con el legalismo judío, abriendo el ámbito de encuentro con Dios a la vida misma: «**Ni en este monte [Garizim], ni en Jerusalén,...pero llega la hora en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad**» (Jn 4,21-23).

Pero lo verdaderamente importante del cristianismo no es lo que hacemos sino la revelación de Dios como Padre en Jesucristo por el Espíritu. Y al Espíritu no se le encierra en esquemas ni en lugares fijos. Ahora, desde una nueva lectura de lo revelado, **la vida se nos ha descubierto como lugar de revelación de Dios. Dios anda en la vida, potenciándola, recreándola.**

## 2. A Dios se le encuentra en la densidad y espesor de la vida

**¿Se trata de mantener «la vida Interior» por encima de todo, o se trata de percibir a Dios en el corazón mismo de la realidad, en la complejidad de la existencia?**

Cuando se medita, a la luz de los Evangelios, en la experiencia religiosa de Jesús, llama la atención cómo Él está más allá de los dualismos que a nosotros nos disocian; por ejemplo, cómo se retira a orar a solas con el Padre, pero percibe su voluntad en los acontecimientos, en la interacción con la gente, el sufrimiento humano, el enfrentamiento con las autoridades.

Se trata de la **capacidad de mirar la vida en profundidad**, desde lo más sencillo –las tareas rutinarias– a lo más conflictivo –cuando parece que nada tiene sentido–. El verdadero orante no mide por el tiempo que dedica a la oración retirada, sino por la capacidad de vivir teologalmente (en la fe, esperanza y caridad) la vida que el Señor ha puesto en sus manos.

Por eso, el presupuesto de la fe está en dar a la realidad la densidad que tiene. Hay muchos que *«pasan junto a la vida, sin entrar en ella»*, aunque hagan muchas cosas buenas. La actitud con la vida comienza en la actitud existencial básica, por la que decido no huir de lo que me produce inseguridad, mantengo el espíritu de honradez por encima de mis intereses, confío en los demás a pesar de todo, no me encierro en mis quejas cuando la vida no responde a mis expectativas, etc.

## 3. Hacer de la vida oración

Aprender a orar la vida supone todo un aprendizaje, que no depende de técnicas, sino de la calidad humana y de la fe con que vivo, en general, mi existencia. Es preciso aprender también en nuestra vida a *descubrir a Dios en la historia, recuperar la historia para nuestra oración*. Normalmente no hemos estado acostumbrados a leer a Dios en los acontecimientos actuales de la vida personal o bien en los acontecimientos sociales y políticos.

Resultaría importante el que nosotros, como hermanos menores, presentes en la historia, aprendiéramos también a leer la historia en clave de salvación. Se trata de descubrir cómo actúa Dios en la historia y aprender a leer también lo que en un momento dado podemos llamar la *«ausencia de Dios»* o el *«escándalo de Dios»* como presencia salvadora de Dios en la historia. Orar es aprender a hacer no una lectura «plana» de la realidad, sino lectura «transcendente» creyente.

Podemos señalar algunas claves que resultan de interés para este aprendizaje:

- Aprender a leer la propia historia como *«historia de salvación»*, dando sentido positivo incluso a aquello que yo lo veo y lo leo como negativo, a aquello que puede parecer más oscuro y menos integrado en mi vida.
- Mirar los acontecimientos que se suceden, desde los más ordinarios hasta los más extra-ordinarios o grandiosos, con ojos de fe, intentando discernir *«los signos de los tiempos»*, el designio misterioso de Dios.

- Vivir como experiencia y lugar de encuentro con el Señor aquellas experiencias de frustración y de sufrimiento que abren así un nuevo sentido a la existencia.
- Aprender a percibir en las personas, especialmente en los menos favorecidos, su valor incondicional de personas, la imagen viva de Jesús.
- Intentar la *«rectitud de intención en todo»*, como decían los clásicos. Es decir, se trata de mantener la actitud limpia de intereses. No se trata de un consejo de perfección (¿quién puede garantizar sus segundas intenciones, la no ambigüedad del obrar?); se trata, más bien, de un talante global de vida.
- Referir con frecuencia, constantemente, todo lo que se hace a Dios. Y aquí tienen sentido pleno los consejos prácticos de la tradición: ejercitar la presencia de Dios en el cambio de tareas, actualizar el amor, etc.
- En síntesis, se trata de percibir la vida «unificadamente», como la presencia y actuación de Dios, que atraviesa toda la vida, sin necesidad de «momentos» ni de lugares. La vida, mi vida, está traspasada por el Señor a quien percibo y amo.

#### **4. Llevar a la oración la vida**

La oración es un diálogo de amor y un *«encuentro con aquel que sabemos nos ama»* y como tal podemos acercarnos a orar desde la verdad y el momento de nuestra propia existencia. Orar tiene todo que ver con lo que me ocurre, con lo que gozo, con lo que amo, con lo que sufro, con lo que añoro...

Traer así a la oración nuestra vida real suele ser espontáneo en algunos momentos críticos, en algunas *«situaciones-límite»*. Pedimos ayuda a Dios, intentamos leer las dificultades desde Él y con Él... Pero debería ser una actitud y una dimensión normal y habitual de nuestra relación con el Señor.

La oración exige interioridad que se aísla, *«dejar las orillas y entrar en el mar»*, pero hasta que Dios mismo no sea nuestra suficiencia (lo será solo al final, en la resurrección) y la fuente de integración de la vida entera, hay que aprender a llevar a la oración la vida.

¿Cómo? Como uno le cuenta a su mejor amigo o a su padre las cosas que le suceden. Más profundamente: pidiendo al Señor luz y fuerza para hacer su voluntad en esa circunstancia concreta. Es preciso aprender a descansar en Dios la propia vida, con sus luces y sombras; eso hace parte esencial del amor que da sentido a nuestra vida. ¿No es nuestro Dios, acaso, el Dios encarnado, el que hizo la experiencia de la condición humana por delante, más radicalmente, que nosotros mismos?

En esta perspectiva, también parece oportuno recordar aquí la necesidad de comprender mejor nuestra misión como intercesión, tal como sugieren hoy algunos autores. Es algo que a veces olvidamos y tiene, sin embargo, su importancia fundamental. Se trata de vivir las tareas, también las personas desde el corazón de Dios, desde la súplica y oración humilde y confiada a Dios, sabiendo que solo Dios es el salvador y que nosotros, por ello, somos «*instrumentos*», siervos inútiles.

### **Algunas sugerencias**

En este sentido se sugiere:

- Orar la vida y presencia de los hermanos de mi propia fraternidad, especialmente la vida y presencia de los más desfavorecidos de ella (enfermos, raros, hermanos con alguna dificultad peculiar...).
- Orar por aquellas personas que colaboran con nosotros en nuestros trabajos y servicios evangelizadores.
- Orar por los hermanos los hombres/mujeres hacia quienes hacemos el camino creyente y evangelizador, destinatarios de nuestra presencia...

Entonces nuestra misma acción evangelizadora es convincente y creíble porque fácilmente la gente percibe que nuestra presencia está atravesada por el encuentro y experiencia personalizada del Señor.

Hoy tenemos que recuperar y reafirmar con fuerza el convencimiento de que el bienestar de los hombres depende también de la intercesión, hecha de oración y ofrecimiento de muchas muertes cotidianas. Nuestra fraternidad está llamada a «*humanizar*» el mundo y lo hace también cuando ora y sufre en silencio por el mundo, por los hombres: cuando acepta su pobreza e impotencia, cuando asume el hecho de estar compuesta no por héroes, sino por hombres frágiles, pecadores, no exentos de frustraciones y complejos.

### **5. A ejemplo de Francisco de Asís**

Vida espiritualmente densa fue la del Hermano Francisco, quien como Jesús, aprendió a ser desde Dios y vivir la existencia toda unificadamente desde Él. Es verdad que, según relatan los biógrafos, Francisco tenía sus «*tiempos y lugares*» para orar, pero también es verdad que a Francisco se le sorprende orando todo el día, continuamente, toda su vida.

Para Francisco la oración no era uno de tantos actos que cada día había que realizar, sino aquello que permea toda su existencia y la invade totalmente. La oración, la de Francisco y la de los hermanos, era como el substrato, el «*humus*» sobre el que se erigía toda la vida evangélica. El capítulo 23 de la *Regla no bulada* es todo un indicativo de esta actitud orante omnipresente y omnitoral, porque lo abarca todo.

Pero es que, además, Francisco ora en la Iglesia, en el campo, con la palabra, con el salterio, con la creación entera.

Así puede exclamar su biógrafo Celano: **«Así, hecho todo él no ya sólo orante sino oración, enderezaba todo en él –mirada interior y afectos– hacia lo único que buscaba en el Señor»** (2Cel 95).

## **6. Para la reunión comunitaria**

- a) Hacer de la vida oración o llevar a la oración la vida suponen, en cualquier caso, aprender a «unificar la vida», vivirla no como compartimentos estancos, sino como unidad en el amor. ¿Qué puede significar hoy vivir la vida «unificadamente»? ¿Cómo se puede llegar a unificar la vida? ¿Qué caminos y pedagogías se pueden recorrer?
- b) Relatar en fraternidad algunas situaciones y experiencias de vida, fuera de la oración, que nos han llevado al encuentro con Dios.
- c) ¿Te cuesta encontrar a Dios en la vida, especialmente en las cosas sencillas? ¿Por qué?

### **Sugerencias para la lectura**

**Col 4, 2ss.; Mc 1, 35-39; Mc 12, 41-44**

**CtaM 1-12; CtaL; LM 12,1-2; LP 43, Cant.**